
Poemas

Francisco Hernández

BAJO EL SOL MERIDIANO

Este sueño comienza con un gesto imposible,
con un acto de fijas claridades:
alguien corta de tajo mi oreja derecha
para deslizarla por los labios abiertos
de tu vulva jugosa.

La oreja es un acantilado donde resuena el mar
de tus adentros.
Habitada por olas, desconoces la paz del abandono.

En las escamas de tu espalda, la oreja
traza racimos de laberintos rojos.
La punta de tu lengua la hace girar como hélice
que a ningún cielo escapa.

Los perros, entre aullidos, la confunden
con dura flor de piel.
Para vivir en celo la destrozan.

En tiempo de ventisca percibe los galopes del camino,
arde junto a los cirios,
se purifica hasta convertirse
en la primera nota del derrumbe.

Sin cesar, la oreja vigila mi sueño
más el gesto imposible que lo anima.
Cuando despierto le brotan plumas de jilguero
y vuela derritiéndose bajo el sol meridiano.

RÍO DE LOS NOMBRES

Las voces de la luz comienzan su descenso.
Caballos atenienses cruzan el Río de los Nombres
y rayos diminutos ignorados por mortales
descifran el silencio sostenido en jardines.

Las voces de la luz proyectan tu distancia,
padre multiplicado en las ondas del Éter.
El Río de los Nombres resuena en las cavernas.
En tenazas de aire se convierte la dicha.

Las voces de la luz bajan hasta mi cráneo,
circulan por las venas con su estruendo de ángeles,
transforman mi cordura en aguijón de musgo
y cierran el venero de los himnos sagrados.

Las voces de la luz. El Río de los Nombres.
El jardín en silencio con su estruendo de ángeles.

MIRAR ESTATUAS

Mirar estatuas dignifica.
Poder reverenciarlas o conversar
con ellas se parece a crearlas,
a delinear sus manos con cinceles
o buriles de plata.

Viajan mis labios por su mármol.
Los disturbios del cuerpo, sus dolores,
no existen en tan claras desnudeces,
ni la lluvia o el rayo
las inquietan.

Se nutren de tiempo las estatuas,
de trigo sepultado, de ruiseñores blancos.
Inventan versículos de piedra
y en su interior resuenan
armonías silenciadas.

Amar estatuas petrifica.
Herir sus cuellos tensos emociona
la gracia convulsiva. Y los otros, apacibles
moradores del mundo, miran sin comprender
el diálogo callado, la danza de lo inmóvil.

Se nutren de tiempo las estatuas,
de trigo sepultado, de ruiseñores blancos.